85

LA NOVELA

TEATRAL



La balsa de aceite

Zarzuela en un acto

Sinesio Delgado.

F. Porredón

10 cts.

Año III Madrid, 28 de Julio de 1918 Núm. 85

LA NOVELA TEATRAL

Complemento de La Novela Corta

Director: José de Urquía.

Para que el lector juzgue la importancia de esta Revista, transcribimos a continuación la lista de

OBRAS PUBLICADAS

1 TRATA DE BLANCAS.—Felipe Trigo.
2 LA SOBRINA DEL CURA.—C. Arniches.
3 EL MISTICO.—Santiago Rusiñol.
4 LOS SEMIDIOSES.—Federico Oliver.
5 LAS CACATUAS.—Casero y G. Alvarez.
6 EL LOBO.—Joaquín Dicenta.
7 CHARITO, LA SAMARITANA.—Torres del Alamo y Asenjo.
8 **EL VERDUGO DE SEVILLA.—García Alvarez y Muñoz Seca.**
9 TODOS SOMOS UNOS.—J. Benavente.
10 EL REY GALAOR.—F. Villaespesa.
11 LA CASA DE QUIRÓS.—C. Arniches.
12 RUCAR XXI.—Muñoz Seca, García Alvarez y Pérez Fernández.
13 **EL RIO DE ORO.—Paso y Abati.**
14 SOBREVIVIRSE.—Joaquín Dicenta.
15 ALMA DE DIOS.—Arniches y García Alvarez.
16 **EL CARDENAL.—L. Rivas y Reparaz.**
17 EL ROBLE DE VALBUENA.—Arniches y García Alvarez.
18 EL HOMBRE QUE ASESINÓ.—Traducción de Antonio Palomero.
19 LAS ESTRELLAS.—Carlos Arniches.
20 DOLORETES.—Carlos Arniches.
21 **LA SEÑORITA DE TREVELEZ.—Carlos Arniches**
22 SERAFINA LA RUBIALES.—Torres del Alamo y Asenjo.
23 ABEN-HUMEYA.—Francisco Villaespesa.
24 EL SEÑOR FEUDAL.—Joaquín Dicenta.
25 **LA ETERNA VICTIMA.—Felipe Trigo.**
26 JIMMY SAMSON.—Traducción de José Ignacio de Alberti.
27 LOPEZ DE CORIA.—Muñoz Seca y Pérez Fernández.
28 LA GIOCONDA.—G. d'Annunzio. Traducción de Francisco Villaespesa.
29 **PRIMAVERA EN OTOÑO.—Martínez Sierra**
30 EL REGIMEN DE AYER.—Joaquín Dicenta.
31 EL MISTERIO DEL CUARTO AMARILLO.—Traducción de Gil Parrado.
32 FRANCFORT.—Vital Aza.
33 LA REBOTICA.—Vital Aza.
34 LA PRISCURA DE LAFUENTE.—García Alvarez y Muñoz Seca.
35 PRIMROSE.—Traducción de José Ignacio de Alberti.
36 CIENCIAS EXACTAS.—Vital Aza.
37 DOÑA MARIA DE PADILLA.—F. Villaespesa.
38 **RAFFLES.—Traducción A. Palomero.**
39 LA PRAVIANA.—Vital Aza.
40 EL GRAN TACAÑO.—Paso y Abati.
41 MANDOLINA.—Cristobal de Castro.
42 GENIO Y FIGURA.—Arniches, Abati, Paso y García Alvarez.
43 LA GENTUZA.—Carlos Arniches.
44 LA VIEJECITA.—Miguel Echegaray.
45 PARADA Y FONDA.—Vital Aza.
46 LA ALEGRIA DE LA HUERTA.—Paso y García Alvarez.
47 **PETIT-CAFÉ.—Tristan Bernard.**
48 LOS NOVELEROS.—Edmond Rostand.
49 ELECTRA.—Benito Pérez Galdós.
50 TIQUIS MIQUIS.—Vital Aza.
51 EL ULTIMO BRAVO.—G. Alvarez y Muñoz Seca.
52 LA MARCHA DE CADIZ.—García Alvarez y Lucio.
53 **DOÑA PERFECTA.—Benito Pérez Galdós.**
54 LA TIZONA.—Godoy y Alarcón.
55 MIQUETTE Y SU MAMÁ.—Robert y Callivet.
56 **LOS CUATRO ROBINSONES.—Muñoz Seca y García Alvarez.**
57 LOS GEMELOS.—Tristan Bernard.
58 **LA LOCA DE LA CASA.—Benito Pérez Galdos.**
59 GIGANTES Y CABEZUDOS.—Miguel Echegaray.
60 **DANIEL.—Joaquín Dicenta.**
61 EL CHICO DEL CAFETIN.—Torres del Alamo y Asenjo.
62 **REALIDAD.—Benito Pérez Galdós.**
63 LA SALA DE ARMAS.—Vital Aza.
64 **PASTOR Y BORREGO.—García Alvarez y Muñoz Seca.**
65 LA LEONA DE CASTILLA.—Francisco Villaespesa.
66 **DOÑA CLARINES.—Alvarez Quintero.**
67 LA NOCHE DE REYES.—Carlos Arniches.
68 LOS CADETES DE LA REINA.—Julián Moyrón.
69 **AMOR DE ARTISTAS.—Joaquín Dicenta.**
70 EL TERRIBLE PEREZ.—Arniches y García Alvarez.
71 **EL PATIO.—Alvarez Quintero.**
72 LA TEMPRANICA.—Julian Romea.
73 **TRAMPA Y CARTON.—Muñoz Seca y Pérez Fernández.**
74 LA CORTE DE FARAON.—Perrín y Palacios.
75 **LA ESCONDIDA SENDA.—Alvarez Quintero.**
76 EL DUO DE LA AFRICANA.—Echegaray.
77 **AURORA.—J. Dicenta.**
78 EL FRESCO DE GOYA.—Arniches y García Alvarez.
79 **EL NIÑO JUDIO.—García Alvarez y Pazo.**
80 LA MANTA ZAMORANA.—Perrín y Palacios.
81 PEDRO JIMENEZ.—Perrín y Palacios.
82 **LA DE SAN QUINTIN.—Pérez Galdós.**
83 EL METODO GORRITZ.—Arniches y García Alvarez.
84 **EL NOVENO MANDAMIENTO.—Ramos Carrión.**

LA BALSA DE ACEITE

ZARZUELA EN UN ACTO DIVIDIDO EN CINCO CUADROS, EN PROSA

original de

SINESIO DELGADO

PERSONAJES

SOLEDAD.-AMPARO.-LUISA.-MODESTA.-DOÑA LUCIANA.-LA SEÑA LORENZA.-RAMONA.-PETRONILA.-LUDOVICO.-DON ISIDORO.-MANUEL.-ARTURITO.-SANCHEZ.-UN REPARTIDOR

La acción en Madrid--Epoca actual.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Portal de una casa. Al foro puerta grande que da a la calle. A la derecha de esta puerta la garita o cuchitril del portero con puertas de dos hojas (superior e inferior) junto a la puerta de entrada, ventana con vidrieras frente al público. A la izquierda, del foro, el primer tramo de la escalera con su pasamanos correspondiente. En primer término izquierda y derecha las puertas de los pisos bajos. Es de día.

Sanchez, Un repartidor. Luego Arturito. Después Modesta, dentro. Al fin, doña Luciana.

MÚSICA

A poco de empezar el preludio se alza el telón y apaJece el portal desierto. En seguida sale por el foro un repartidor de periódicos que se acerca a la portería y se va por donde ha venido. De la portería, y con los susodichos ejemplares en la mano, sale Sanchez, de guardia de Orden público, sin sable y con la guerrera desabrochada, y leyendo en uno de los periódicos, sube lentamente por la escalera y desaparece. Inmediatamente asoma por el foro Arturito, que después de enterarse de que no hay nadie en la portería se lanza como una flecha hacia la puerta de la izquierda, donde llama golpeando con el bastón. Pausa.

ARTURITO

Ya está aquí, La siento andar.

MODESTA

(Dentro por la mirilla.) ¿Eres tú?

ARTURITO

¿Quién ha de ser?
En el modo de llamar
me has debido conocer.

MODESTA

Vuelve más tarde.

ARTURITO

¿Qué pasa ahora?

MODESTA

Mamá vigila.

ARTURITO

¡Pobre señora¡

MODESTA

Vete en seguida, no seas niño.

ARTURITO

Dame una prueba de tu cariño.

MODESTA

¿Qué prueba quieres?

ARTURITO

Una sencilla;
saca un dedito por la mirilla.

MODESTA

No puedo.

ARTURITO

¿Quieres que lo suplique?

MODESTA

¡Si es que no cabe más que el meñique!

ARTURITO

Con ese basta.

MODESTA

(Asomando el dedo por la mirilla.)
Pues allá va.

APTURITO

¡Qué sonrosado! (Lo besa efusivamente.)
¡Qué rico está!
Este besito de ahora
subirá por el bracito
para morir en los labios
que es lo que yo necesito.

MODESTA (Retirando el dedo.)

¡Jesús, María!
¡qué cosas dices!
Así, soñando
somos felices.
No me quites ilusiones;
deja que sueñe despierto
que tu mamá se ha dormido
y lo del besito es cierto.

MODESTA

Vete en seguida; no seas niño.

ARTURITO

Dame una prueba de tu cariño.

MODESTA

¿Qué prueba quieres?

APTURITO

Una sencilla:
saca el meñique por la mirilla.
¿No me contestas?
¿Por qué se va?
Siento sus pasos.
(Se asoma a la mirilla.)
¡Ay! ¡Su mamá!

(Vase corriendo por el foro. Se abre violentamente la puerta de la izquierda y aparece doña Luciana, furiosa.)

HABLADO

Luc.—¡Sí, sí! ¡Corre, corre que tú caerás! Esta vez te me has escapado, pero como vuelvas...

Mod.—(Apareciendo en el umbral.) Pero mamá...

Luc.—Anda allá dentro. Yo te aseguro que ese niño no sabe todavía lo que es un cachete; pero se va a enterar y pronto. (Vase y cierra dando un portazo.)

(Entra asustado por el foro Ludovico, recorre el portal buscando donde esconderse, y al ver desocupada la portería en ella se mete, cerrando tras sí las hojas de la puerta. En seguida entra de la calle don Isidoro, furioso, irritado y blandiendo un bastón, examina rápidamente la escena y sube por la escalera como una exhalación. Un momento después, baja Sánchez, que sin dejar de leer el periódico, se acerca a la puerta de la izquierda y llama con los nudillos. Hacerlo y aparecer de nuevo doña Luciana hecha un basilisco y soltar al guardia una bofetada de cuello vuelto, todo es uno.

San.—¡Señora!

Luc.—¡Ay, usté dispense; creí que era el chuchumeco que hace el amor a mi niña.

San.—¡Pues confundir es! Dé usté gracias a que no estoy de servicio, que si no...

Luc.—Ya le he dicho a usté que dispense.

San.—Ahí va el periódico.

Luc.—Y... no vuelva usté a llamar con los nudillos.

San.—Descuide usté, ni con los nudillos ni de ninguna manera.

(Vase doña Luciana, Sanchez pretende entrar en la portería y al encontrarla cerrada empuja con fuerza.)

Lud.—(Dentro.) Está ocupado.

San.—¡Eh! ¿qué es eso? ¿Quién se ha metido ahí? ¡Abra usté en seguida.

LUD.—(Dentro.) Espere usté un poco que no encuentro el picaporte.

SANC.—(Furioso.) ¡Qué picaporte, ni qué narices) ¡O abre usté o echo abajo la puerta!

LUD.—(Abriendo las vidrieras.) ¡Caramba, qué genio! (Viéndole y cerrando de golpe.) ¡Uy! ¡Un guardia!

SANC.—¿Como? ¿Otra vez? Vamos, ¡salga usté de ahí y menos mojigangas.

LUD.—(Abriendo otra vez.) Señor guardia, no me prenda usted sin oirme; que aquí hay una equivocación, que yo soy un transeunte pacífico que no se metía en nada.

SANC.—¿Pero quiere usté salir con dos mil demonios?

LUD.—Voy, hombre, voy. (Sale al portal.) Pero yo le aseguro a usté que...

SANC.—¿Qué hacía usté ahí?

LUD.—Pues... dando un paseito si a usté le parece.

SANC.—¡Que me acaban de dar una bofetada y no estoy para bromas!

LUD.—¿Uua bofetada? Yo no he sido ¿eh?

SANC.—¡Pues si hubiera usté sido ya estaba usté en la carcel.

LUD.—¡Ah! pero ¿no viene usté a prenderme?

SANC.—Según y conforme. Vamos a cuentas: ¿Cómo se llama usté, de donde es usté, qué es usté y a qué ha venido usté?

LUD.—¡Ah! pero ¿se trata del padrón? Pues vaya usté apuntando: Nombre y apellidos: Ludovico Menéndez Méndez; lugar de nacimiento: Villarrubia de los Ojos; edad: veintiséis y décimas; estado: mozo soltero; profesión: comillas; renta o sueldo anual que disfruta: mas comillas; ¿sabe leer?: sí; ¿sabe escribir?: comillas; observaciones; que se alegra de verlo a usté bueno.

SANC.—¿Ha acabado usté ya?

LUD.—No, señor; falta la firma.

SANC.—Bueno: pues con todo eso no sé porqué se ha metido usté en la portería sin mi permiso.

LUD.—Porque no podía esperarle a usté para pedirle el favor.

SANC.—¿Por qué?

LUD.—¡Señor! Porque venía huyendo.

SANC.—¡Hola! ¿Ha hecho usté algo?

LUD.—¿No? !Nada! Que andaba por la calle con la cabeza así, (Levantada.) buscando el número 40, cuando me dió un pisotón un joven que salía de esta casa como un rayo.—«¡Ay! usté perdone.—No hay de qué.—No le había visto.—Ni yo a usté tampoco.—Etc., etc..,»—y cuando estábamos en estos etcéteras, se arrancó hacia nosotros un caballero que salió como otro rayo de un portal de la acera de enfrente. El que estaba conmigo se separó más que de prisa y dobló la esquina en un momento. El otro se me acercó con un palo en la mano y me dijo: «¡Ah pillo! ¿con que eras tú?» El pillo no era yo como usté comprende, pero como el hombre no pedía explicaciones y el palo estaba en el aire, no tuve más remedio que echar a correr y meterme en el primer portal que encontré a mano.

SANC.—Y el caballero, ¿entró detrás de usté?

LUD.—Creo que sí; y subió a escape la escalera.

SANC.—¡Basta! no me diga usté más. Usté anda detrás de la mujer de don Isidoro.

LUD.—¿Si? ¡Qué penetración! ¿Quién es don Isidoro?

SANC.—Demasiado se lo sabe usté. El vecino del principal, el propietario de la casa.

LUD.—¡Ah! ¿Con que el que me seguía era el casero? Pues, salvo el parecer de usté, es un poco bruto.

SANC.—Bruto, no. Es... como deben de ser los hombres. Porque si usté es un supongamos, estuviera casao con una mujer guapa, ¿qué haría usté?

LUD.—¿Que qué haría yo con una mujer guapa? ¿Me lo pregunta usté, como Autoridad o como portero?

SANC.—Quiere decirse que usté haría lo que don Isidoro; vigilarla, celarla y... soltar un garrotazo al que la rondara la calle.

LUD.—Al que la rondara la calle, sí; pero no al que anduviera buscando el número 40.

SANC.—Bueno, y usté ¿para qué buscaba el número 40.

LUD.—Señor, ¡que todo se ha de decir! Porque traigo una visita para un inquilino de la casa, es decir, para una inquilina.

SAN.—¿Cuála?

LUD.—Una muchacha de mi pueblo que vino a servir a Madrid hace cuatro años y yo ha hecho fortuna. ¡Cosas de las mujeres!

SANC.—¿En qué piso vive?

LUD.—¡Ah! No lo sé. Eso es lo que yo hubiera preguntado en la portería, si no me hubiera hecho perder la serenidad don Isidoro.

SANC.—¿Cómo se llama ella?

LUD.—Venancia Rodríguez.

SANC.—Aquí no vive ninguua Venancia.

LUD.—¿Está usté seguro?

SANC.—¡Hombre! ¿Lo sabré yo?

LUD.—Se habrá mudado, porque ella debe de cambiar de domicilio como de camisa, según los posibles del que corra con todo.

SANC.—¿Eh?

LUD.—Sí, señor. Según cuentan por el pueblo, la Venancia se ha vuelto así... vamos, no sé cómo decirlo... de la cáscara amarga.

SANC.—¿De la cáscara amarga? ¿Quiere decirse que es cocote?

LUD.—Dicho sea sin ofenderla, sí, señor; cocote.

SANC.—Pues ahora es cuaudo le digo a usté que no vive aquí, ni ha vivido nunca. ¡Bueno es don Isidoro pa admitir gente sospechosa! ¡Como que pa alquilar un cuarto en la finca se necesitan más requisitos que pa entrar en el cielo! Es lo que el dice: lo primero que hay que exigir a los inquilinos es que paguen, lo segundo moralidá y lo tercero que no tengan perros ni criaturas. Así es que aquí no oirá usté una voz más alta que otra, ni verá usté essáodalos ni chismes, ni visitas de tapadillo. ¿Usté me comprende?

LUD.—Sí, señor; comprendo que esto es una balsa de aceite y que aquí se debe de vivir en la gloria.

SANC.—Eso que usté ha dicho. Una balsa de aceite.

LUD.—Pero, ¿no hay por casualidad alguna señora que pudiera haber sido...

SANC.—¡Y dale! ¿No le digo a usté que no hay más que matrimonios? Digo, en el piso segundo viven dos mujeres solas; una viuda de un bolsista con su doncella.

LUD.—¿Cómo se llama?

SANC.—¿La doncella?

LUD.—No; la viuda del bolsista.

SANC.—¡Ah! Doña Soledad. Pero no sospeche usté nada, que es una persona decente. Está por la primera vez que pregunte por ella un caballero.

LUD.—¡Caramba, caramba! Pues eso es que me han dado equivocadas las señas.

SANC.—Le advierto a usté que en esta calle hay 40 duplicado.

LUD.—¿Ah, sí? Pues eso es. No me diga usté más... Voy en seguida. (Sale la señá Lorenza, que viene de la compra, y entra en el cuchitril.)

Dichos. Lorenza.

SANC.—Espere usté un poco, que aquí está mi señora que conoce a toda la vecindad del distrito. Oye, Lorenza.

LOR.—(Saliendo de la portería sin la cesta.) Muy buenos días nos dé Dios.

LUD.—Buenos días.

Lor.—(Entregando a Sánchez lo que indica.) La cajetilla, los fóstoros... ¿Qué querías?

Sanc.—Aquí el señor que pregunta si vive en la casa una cocote que se llama...

Lor.—¿Una cocote aquí? ¡Vamos, hombre! Vaya usté con Dios. Usté no sabe adónde viene.

Lud.—Ya; ya me ha dicho el esposo...

Sanc.—Y ahora que caigo. A lo mejor esa que usté dice se ha vuelto a poner a servir, porque esas mujeres tién eso... (A Lorenza.) ¿Cómo se llama la muchacha de la del segundo?

Lor.—Petronila.

Lud.—Entonces no. Esta se llama Venancia.

Lor.—Venancia... Venancia... Aguarde usté. En casa de don Isidoro ha entrao una doncella nueva que tiene cara de llamarse Venancia. Suba usté y pregunte...

Lud.—¿Adónde? ¿Al cuarto del casero? ¡Cá! No, señora. ¡Qué más quisiera él que cogerme a tiro!

Sanc.—Pues mirusté, yo creo que es lo mejor. Porque así, cuando se entere de que viene usté a buscar a la criada, se tranquilizará de lo de antes, y le hace usté un favor a la señora.

Lud.—¿A cuál?

Sanc.—A la de don Isidoro, que estará ahora volviéndose tarumba pa darle explicaciones.

Lud.—¡Toma! pero es que sí...

Sanc.—Nada, que no le pasa nada. En último resultao, no se le va a comer a usté.

Lud.—No; si aunque no me coma del todo. Con que me pegue un par de mordiscos, basta.

Lor.—No tenga usté miedo. Don Isidoro, aparte de los celos, es muy campechano y muy corriente.

Sanc.—Suba usté, hombre.

Lud.—Bueno, allá voy y sea lo que Dios quiera. (Deteniéndose al subir la escalera.) ¡Ah! si oye usté un grito haga usté el favor de subir en seguida, no como portero, sinó como guardia. (Vase.)

Sanc.—Descuide usté. (Los porteros quedan al pie de la escalera. Pausa larga. Empieza la música.)

Lor.—Oyes, Epifanio. Me parece que hemos hecho mal. Ya sabes que don Isidoro tiene unos prontos...

Sanc.—Me alegraría, hombre. ¡Por haberse figurao que esta podía ser una casa de líos! (Otra pausa larga.)

Lor.—Ya debe de haber llamao.

Sanc.—Debe, porque no se sienten los pasos.

Lor.—Y... no se oye nada.

Sanc.—Nada... Tú verás cómo resulta que no le pasa nada. (Continúan al pie de la escalera escuchando atentamente. Cae con lentitud el telón corto del cuadro siguiente.)

MUTACIÓD

CUADRO SEGUNDO

Recibimiento elegante. Puerta de entrada al fondo, con mirilla. Cuando se abre se ve el rellano de la escalera.

Ramona. Después Amparo. Luego Manuel.

MÚSICA

(En cuanto se hace la mutación suena el timbre de la puerta y sale Ramona por la derecha.)

RAMONA

¡Llaman! ¡Virgen Santa!
Debe ser el amo.
¡Pobre señorita!
Yo voy y la llamo.

(Vase por la izquierda. A poco sale de nuevo seguida de Amparo. Ambas muy asustadas.)

AMPARO

Pero ¿estás segura?

RAMONA

¿Pues quién ha de ser?

AMPARO

Espérate un poco,
que vamos a ver.

(Se asoma por la mirilla.)

Yo no veo a nadie,
te habrás confundido.

(Vuelve a sonar el timbre.)

¡Ay!
Sí que es Isidoro.
Sí que es mi marido.

(Sale Manuel por la izquierda, con todo género de precauciones.)

MANUEL

Pero ¿qué es esto?

AMPARO

Aterrada.) ¡Que estoy perdida!
Que no des voces, y que en seguida
debes tirarte por el balcón.

MANUEL

Ese recurso no es muy discreto.
Tras de matarme te comprometo.

RAMONA

El señorito tiene razón.

(Suena otra vez el timbre.)

AMPARO

¡Ya se impacienta!

MANUEL

(Sacando un revólver y decidido a todo.)

¡Que entre en seguida!
Quiero venderle cara mi vida,
y así encontramos la solución.

AMPARO

¡Por Dios, Manolo! (Cogiéndole la mano.)

MANUEL

No me sujetes.

AMPARO

Tras de matarle me comprometes.

RAMONA

La señorita tiene razón.

MANUEL

¿Qué hacer entonces?

RAMONA

Hay que salvarle.

AMPARO

Sí; pero ahora para ocultarle
no se me ocurre ningún rincón.

RAMONA

Para este caso puede que fuera
buen escondite la carbonera.

AMPARO

La cocinera tiene razón.

MANUEL

¡Eso es indigno de un caballero!
¡Que entre en seguida, que aquí le es-
[pero!

AMPARO

Salva mi vida, salva mi honor.
¡Yo te lo pido por nuestro amor!

MANUEL

¡Cómo ha de ser!
Vamos allá.

RAMONA

(A Manuel.) ¡Sígame usté!
(A Amparo.) Y usté abrirá.

(Vanse por la derecha Ramona y Manuel. (Suena otra vez el timbre.)

AMPARO

¡Ay... ay!...

(Repiqueteo fuerte del timbre, con el cual acaba el número. Amparo, más muerta que viva, abre la puerta. En ella aparece Ludovico.)

Amparo, Ludovico. Al final Manuel

HABLADO

LUD.—Buenos días.

AMP.—¡Ay! Si no es él. (Llamando hacia la izquierda.) ¡Ramona! ¡Ramona! ¡No le encierre usté en la carbonera que no es el señorito!... (Acordándose de pronto de que Ludovico está presente.) ¡Ay! me habrá usted oído! ¡Qué imprudencia! (Entra en escena Ludovico y Amparo cierra la puerta.)

LUD.—Ha sido sin querer; pero como usté grita tanto...

AMP.—(Acongojada.) ¡Ay! caballero... porque supongo que usté será un caballero...

LUD.—A la vista.

AMP.—Yo le suplico, por lo que más quiera usté en el mundo, que olvide todo lo que haya podido adivinar.

LUD.—Si lo que he podido adivinar ha sido poca cosa. Que yo no soy el señorito y que Ramona iba a encerrar al gato en la carbonera.

AMP.—¿Al gato? ¿De veras ha creido usté que era al gato?

LUD.—(Riéndose socarronamente.) No, señora, ¡qué he de creer! Pero lo digo para que vea usté que sé hacerme el desentendido.

AMP.—¡Gracias, muchas gracias! Pero ¡por Dios! no piense usté nada malo.

LUD.—No, señora; si lo que pienso no es malo.

AMP.—Yo le explicaré a usté... Es que mi marido es exageradamente celoso. Es lo que se llama una fiera.

LUD.—Ya lo sé.

AMP.—¡Cómo! ¿Usté le conoce?

LUD.—Ya lo creo. ¿No vive en este piso don Isidoro el dueño de la finca!

AMP.—Si señor.

LUD.—¿No es usté la mujer de don Isidoro?

AMP.—Sí, sí, señor.

LUD.—Pues su marido de usté ha estado a punto de abrirme la cabeza hace poco... porque sin duda me tomó por el gato que iba a esconder Ramona.

AMP.—Que le advierto a usté que no es más que un amigo.

LUD.—Ya; ya, sé. Pero yo creí que estaba aquí.

AMP.—¿Quién?

LUD.—Su marido de usté. Porque ha entrado persiguiéndome y ha subido por la escalera a escape.

AMP.—¿Qué dice usté?

LUD.—La verdad. ¡Ah! ya caigo. Se habrá figurado que no he parado hasta el último piso, y andará registrando las guardillas.

AMP.—Pero, ¿está en la casa?

LUD.—Ya lo creo. Y no tardará en caer por aquí siguiendo el registro.

AMP.—(Asustada.) ¿Dios mío! ¡Dios mío! (Llamando.) ¡Ramona!

LUD.—(¡Qué casa más tranquila! Bien dice don Isidoro: lo primero la moralidad, lo segundo...) (Se asoma Manuel por la izquierda.)

MAN.—¿Qué pasa?

AMP.—Huye enseguida. Este caballero lo sabe todo, pero es una persona decente.

LUD.—(¡Hola! aquí está el gato.)

MAN,—(Acercándose a Ludovico y estrechándole la mano.) Caballero... no le digo nada.

LUD.—(Idem.) Yo tampoco le digo a usté nada.

MAN.—Entre hombres estos favores no se olvidan nunca. Si alguna vez puedo serle útil en cualquier lance parecido...

LUD.—Gracias. ¡Ojalá!

AMP.—(Abriendo la puerta.) ¡Pronto, por Dios! que creo que oigo pasos.

MAN.—(A Ludovico.) Adiós. Repito... (Sale al rellano de la escalera.)

LUD.—¡No, hacia arriba no, que por ahí anda el guarda! ¡Váyase usté a la calle!

MAN.—¡Ah! ¿está arriba? ¡Maldición! (Desaparece. Amparo vuelve a cerrar la puerta.)

Amparo, Ludovico

AMP.—Caballero, no sé cómo pagar a usté el favor que acaba de hacerme.

LUD.—Señora, eso no vale la pena. Sólo siento que se haya usté llevado un susto por mi causa, cuando precisamente venía yo, por consejo de los porteros, a tranquilizar a don Isidoro.

AMP.—¿Sí?

LUD.—Sí, señora, porque verá usté. Como él podía haberse figurado otra cosa, y yo, si rondaba la calle, era buscando a una muchacha de mi pueblo...

AMP.—¿De qué pueblo?

LUD.—De Villarrubia de los Ojos, para lo que usté guste mandar.

AMP.—¿Y está sirviendo aquí?

LUD.—Sí, señora; pero no sé para lo que está sirviendo.

AMP.—¡Ah! pues ni la cocinera ni la doncella son de Villarrubia. ¿Ha preguntado usté en el segundo?

LUD.—No, señora; pero sé que allí vive la viuda de un bolsista.

AMP.—No se fíe usté de esa viuda del bolsista.

LUD.—¡Ya! Ya está visto que no debe uno fiarse de nada. Pero como el portero me ha dicho que don Isidoro es tan riguroso con los inquilinos... (Suena el timbre de la puerta.)

AMP.—Ahí está él.

LUD.—La fiera. (Abre Amparo la puerta y entra don Isidoro.)

Dichos. Don Isidoro

AMP.—(Con cierto temor.) A tiempo llegas. Aquí hay un caballero esperándote.

ISI.—¿Quién? ¡Ah! ¿es usté? (Amenazador y brusco.) Pero, ¿ha entrado usté aquí?

LUD.—Me parece que sí, pero me voy en seguida.

ISI.—¿Y a qué ha venido usté? ¿Qué deseaba usté?

AMP.—Preguntaba por una criada de su pueblo.

ISI.—(Tranquilizándose un poco.) ¿Por una criada? ¿Es eso de veras?

LUD.—Sí: sí, señor. Y cuando usted tuvo la bondad de amenazarme con el palo estaba buscando el número.

ISI.—¡El número... el número! Y entonces... ¿por qué echó usté a correr sin darme explicaciones?

LUD.—¡Caramba! porque las pedía usted de una manera...

ISI.—Bueno, y ¿ha encontrado usté a esa mujer?

LUD.—No, señor; por eso me iba.

ISI.—Pues ya se está usté largando. Pero a la calle ¿eh? ¡a la calle! (Abriendo la puerta.)

LUD.—Sí, señor, sí; a la calle. (¡Qué casa tan tranquila.) (Vase. Amparo cierra la puerta.)

ISI.—Me da mala espina el pollo este.

AMP.—Hombre, ¡por Dios! ¡que siempre has de estar viendo visiones!

ISI.—Es que... yo me entiendo. Voy al balcón a ver si es verdad que se va a la calle. (Vase derecha.)

AMP.—Pero escucha... (Acercando el oído a la mirilla.) Me parece que ha subido al segundo. (Vase también por la derecha. Música.)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Gabinete elegante. Dos puertas a cada lado. Al fondo un balcón que da a un patio.

Soledad. Enseguida Ludovico

(Soledad se prueba ante un espejo un sombrero cordobés, y de paso ensaya un tango de exagerado taconeo, canturreando para acompañarse. Aparece en la segunda izquierda Ludovico.)

LUD.—¿Se puede? (Soledad no le oye, y, por tanto, no le contesta, hasta que cesa de taconear, y entonces Ludovico, sin traspasar el umbral, no puede contener su entusiasmo y, palmoteando, dice:) ¡Bravo, Venancia!

SOL.—¿Eh? ¿quién está ahí?

LUD.—Yo. ¿No me conoces?

SOL.—A ver... acérquese usté. ¿Pues no te he de conocer! ¡Ludovico! (Yéndose a él y saludándole efusivamente.) Ven acá, hombre. ¿Cómo estás? ¿Cuándo has venido? ¿Cómo te has arreglado para encontrarme?

LUD.—Pues... mal. Porque como resulta que eres doña Soledad, viuda de un bolsista...

SOL.—¡Ja, ja! En otras casas digo que soy viuda de un picador. Es según caen las pesas.

LUD.—Pero siempre eres viuda.

SOL.—Siempre. Pero siéntate, hombre.

LUD.—Con tu permiso.

SOL.—Aquí, un poco más cerca. No puedo ver a los hombres que se ponen tan lejos.

LUD.—Es que... no me atrevo a arrimarme mucho porque estás muy guapa.

SOL.—¡Vamos! ¡Ahora me sales con piropos? ¿Qué hay por Villarrubia?

LUD.—Nada de particular. Tu madastra, que sabes que te quiere mucho, me encargó que, ya que venía a Madrid, te hiciera una visita.

SOL.—Me lo figuro. Para saber qué tal estoy de fondos. Pues hijo, dí que no me has encontrado, ¿sabes?, porque la familia no me deja vivir.

LUD.—Y ya veo que no estás mal. Esta casa te debe costar un sentido.

SOL.—Me debe costar, pero no me cuesta.

LUD.—No, ¿eh? ¡Ya has tenido suerte; ya!

SOL.—Y algo de talento también, hijo. No creas que por la linda cara no se lo regalan a una todo.

LUD.—¡Ya! Ya supongo que no será sólo por la cara. Lo que me choca es que el casero te permita alborotar y dar esos taconazos.

SOL.—¿El casero? ¡Si es lo que le encanta! Siempre me está diciendo: «Solita—porque él me llama Solita, ¿sabes?— anda, márcate el garrotín o la farruca.»

LUD.—¿Que te marques? ¿Don Isidóro te dice que te marques cosas? Pero, es que sube a verte?

SOL.—¿Que si sube? Lo que se puede decir es que no sale de este cuarto.

LUD.—¡Ah!, pero es él el que...

SOL.—¡Que tonto eres! ¿No habías caido en la cuenta?

Lud.—¡Je; je! Lo primero moralidad, lo segundo...

Sol.—¿Qué dices?

Lud.—Nada, que me acuerdo del portero. Y ¿cómo es que has aprendido tú esas habilidades?

Sol.—Hijo, porque no sabe una lo que le puede pasar, y siempre es bueno saber ganarse la vida honradamente.

Lud.—Pero tú podrías...

Sol.—¡Anda! el día que yo salga a un escenario, me llevo la gente de calle.

Lud.—No, si tipo si tienes.

Sol.—Y estilo, y hechuras. Vas a verlo.

MÚSICA

Sole

Con este manojo
de flores aquí
y este sombrerito
colocado así,
si el público es sano
y el baile no es feo,
se suplen las coplas
con el taconeo. (Baila.)

Ludovico

Comprendo que el hombre se vuelva [tarumba
y esté medio loco.
Yo también, si no estoy trastornado,
me falta muy poco.

Sole

Atiende y verás,
que sé mucho más.
(Continúa el baile.)

Ludovico

¡Qué gracia y qué garbo. No sé lo que [tengo,
no sé que me pasa.
Yo también te daría con gusto
de balde la casa.

Sole

Atiende y verás,
que sé mucho más.
(Sigue el baile. Ludovico, que ha ido animándose progresivamete, no puede resistir la tentación y acaba por bailar con ella, taconeando también de firme.)

HABLADO

Sol.—¿Eh? ¿qué dices ahora?

Lud.—Que si volvieras a Villarrubia de los Ojos, habría repique de campanas. Y que yo me voy, porque con el ruido se habrá alborotado el piso principal, y va a subir don Isidoro.

Sol.—No; no sube ahora, porque se acababa de marchar cuando has venido.

Lud.—¿Que se acababa de marchar? ¿Y había entrado furioso a registrar la casa?

Sol.—Justamente. Yo me río mucho con él. Es celoso como un turco, y hoy se empeñaba en que había subido a verme un joven que me persigue.

Lud.—¡Pásmate!

Sol.—¿Qué?

Lud.—Que te pasmes. Ese joven era yo.

Sol.—¿Cómo? ¿De veras?

Lud.—Tan de veras. Como que por poco me rompe el alma. ¡Vaya con el casero! ¡Tener que repartir la vigilancia en dos pisos!

Sol.—¿Para qué? La casera es una tía sosaina que ni se asoma al balcón los días de fiesta.

Lud.—Sí, sí; muy sosaina.

Sol.—¿Tú la conoces?

Lud.—Mejor que el propio don Isidoro.

Pet.—(Saliendo muy azorada por la segunda izquierda.) Señorita... ¡el casero!

Sol.—¿Otra vez?

Lud.—¡Caracoles!

PET.—¿Qué hago?

SOL.—Abrir en seguida. No quiero que sospeche y me dé la tabarra.

LUD.—Ahora es cuando me escabecha. ¿Por dónde me marcho?

SOL.—Por aquí. (Primera izquierda.) La doncella te sacará por la puerta de escape. No por nada, ¿sabes?, sino porque no quiero líos.

LUD.—Haces bien. En esta casa no se admiten.

SOL.—Anda, anda pronto. (Medio mutis de Ludovico.)

LUD.—¿Dices que por la puerta de escape?

SOL.—Sí, hombre, sí; ya te guiará la doncella.

LUD.—Pero, ¿tiene costumbre?

SOL.—(Empujándole.) ¿Vamos? que está ahí. (Vase Ludovico.)

Soledad, Don Isidoro. Después Petronila y Ludovico

ISI.—(Saliendo furioso por la segunda izquierda.) ¿Dónde está? ¿Dónde se ha metido? (Se asoma al balcón y reconoce las puertas.)

SOL.—¿Quién?

ISI.—Ese hombre.

SOL.—Aquí no ha venido ningún hombre.

ISI.—¿Que no? ¡Estoy seguro! Me he pasado media hora al balcón y no ha salido a la calle.

SOL.—¡Déjame de músicas!

ISI.—¡Ah! pero yo le encontraré. ¡Te juro que le encuentro! (Vase disparado por la segunda derecha. Simultáneamente salen por la segunda izquierda, primero Petronila y detrás Ludovico.)

PET.—¡Señorita! ¡Ay, señorita!

SOL.—¿Qué pasa?

PET.—Que este joven no puede salir. El señor ha echado la llave a la puerta.

LUD.—Sí; ha echado. ¿Qué hago? (Quiere huir por la segunda derecha.) ¿Me escondo por aquí?

SOL.—¡No, por ahí no!

LUD.—Pues, ¿por dónde?

SOL.—Por aquí. (El balcón.) Salta al patio.

LUD.—(Asomándose.) ¡Caray! no me atrevo. Esto está más alto que la torre de Villarrubia.

SOL.—Pues hijo, ¿qué le vamos a hacer? Daremos el escándalo. (Cierra con llave la segunda derecha.)

LUD.—¡No, por Dios! ¡Un escándalo en una casa tranquila!

PET.—Digo yo una cosa.

LUD.—¿Cual?

PET.—Que el señorito se podía marchar como aquel pariente de la señorita.

LUD.—¡Hola! ¿Cómo se marchó el pariente?

PET.—Por aquí (El balcón.) gateando por el canalón.

SOL.—Es verdad, si te atreves.

ISI.—(Dentro y golpeando la puerta.) ¿Quién ha cerrado aquí? ¡Abrid en seguida.

LUD.—Pero, ¿aguantará el peso?

PET.—Al otro no le pasó nada.

ISI.—(Como antes.) ¡Abrid, o echo la puerta abajo!

LUD.—(Empezando a saltar por el balcón.) Ea, al canalón y sea lo que Dios quiera.

SOL.—¡Vivo! que no puedo esperar más.

LUD.—Sí, sí, muy vivo.

SOL.—Que vuelvas, ¿eh?

Lud.—Un día de estos.

Isi.—(Dentro y golpeando más fuerte.) Pero ¿queréis abrir con mil de a caballo?

Sol.—Voy, voy en seguida. (A Petronila, que sigue asomada al balcón viendo huir al otro.) ¿Va bien?

Pet.—No, señora. Ahora ha salido el portero al patio.

Sol.—¡Otra complicación! ¡Se muere una de risa! (Golpea en la puerta.) ¡Voy Va a tirar el tabique. (Más golpes.) ¡Voy!. (Siguen los golpes, empieza la música.)

MUTACIÓN

CUADRO CUARTO

Un pasillo. En el fondo balcón que corresponde al patio

LUISA

aliendo por la izquierda.)
He visto un joven
que gateando
trepa al balcón.
Sin duda el pobre
sube impulsado
por la pasión.
Me muero de angustia,
no quiero mirar.
Si al verme se asusta
se puede estrellar.
(Aparece Ludovico agarrándose a los hierros del balcón.)

LUDOVICO

¡Gracias a Dios!
No puedo más.

LUISA

¡Joven osado,
vuélvase atrás

LUDOVICO

(Saltando a escena)
Perdone usté, señora,
que venga de este modo,
y deme usté permiso
paro explicarlo todo.
Si extraña la aventura
la puede parecer,
en cuanto se la explique
la va usté a comprender.

LUISA

Nada me tiene que explicar,
todo lo entiendo al verle así,
pero le debo rechazar...
¡Yo no dispongo ya de mí!

LUDOVICO

(¡Pues no me supone
perdido de amor!
¡Esto me faltaba
y esto es lo peor!)

LUISA

¡Joven atrevido,
qué triste es la vida
de la que ha nacido
para ser amada!
Guárdeme respeto;
váyase enseguida;
no puedo escucharle;
soy muy desgraciada.

LUDOVICO

Yo también, señora,
soy muy desgraciado.
Oigame usté ahora
lo que me ha pasado.
Yo, por escaparme,
salté de un balcón
para deslizarme
por el canalón.
Iba descendiendo
con mucho trabajo
cuando ví que un guardia
me esperaba abajo.
Con grandes esfuerzos
entonces subí,
y a pedir auxiilo
me he metido aquí.

Si usté no me saca
de esta situación,
subo hasta el tejado
por el canalón.

LUISA

Nada me tiene que explicar,
todo lo entiendo al verle así
pero le debo rechazar...
Yo no dispongo ya de mí.

LUDOVICO

¡Pues no me supone
perdido de amor!
¡Esto me faltaba
y esto es lo peor!

HABLADO

Lui.—No le agradezco esas explicaciones caballerescas, señor don... ¿Cómo se llama usté?

Lud.—Ludovico, para servirla.

Lui.—¡Qué nombre tan poético! Señor don Ludovico, yo comprendo que usté ha querido hablarme como Romeo hablaba a Julieta, como Abelardo hablaba a Eloisa.

Lud.—Justo, trepando por las paredes.

Lui.—Pero esas pruebas de arrojo son inútiles. Yo pertenezco a otro hombre, soy una mujer digna y no quiero que por mi causa se origine una escena sangrienta.

Lud.—Pues eso es lo que me faltaba para postre: una escena sangrienta.

Lui.—Y como s ipongo que es usté un caballero...

Lud.—Sí; señora; lo mismo supone la del principal, y las dos aciertan ustedes.

Lui.—Respete usté la paz de mi hogar y huya enseguida.

Lud.—No deseo otro cosa.

Lui.—Gracias por el sacrificio. Sígame usted. (Marchando hacia la izquierd.a) ¡Ay, caballero, soy muy desgraciada!

Lud.—Allá nos vamos.

Lui.—(Deteniéndose de pronto.) ¡No! espere usted. ¡Acaban de abrir la puerta. ¡Dios mío! ¡Es él! (Huyendo despavorida por la derecha.) ¡Arrójese usté al patio!

Lud.—¡Un cuerno! ¡El! ¿Quién será él?

Man.—(Dentro.) ¿Dónde está ese canalla?

Lud.—Ese canalla soy yo. Da gusto andar por esta casa... ¡Al canalón, Ludovico! (Va a saltar por el balcón, pero cuando está a caballo sobre la balaustrada sale rápidamente Manuel por la izquierda y le sujeta por el cuello.)

Ludovico, Manuel. Al fin, Luisa

Man.—¡Ah, pillo, infame! Ya no te me escapas.

Lud.—Suelte usté, caramba, que hace daño.

Man.—(Soltándole.) Defiéndase usté.

Lud.—¡Ah! ¿Pero es usté? ¡Cuánto me alegro!

Man.—Yo también. (Saca el revolver.) ¡Que se defienda usté digo!

Lud.—(Sujetándole la mano derecha con el revolver, y sin soltarle hasta el final.) Guarde usté ese chisme, Usté es el que me va a defender, si es persona decente. ¡Favor por favor! Quedamos en que entre hombres no se olvidan estas cosas, y... yo le salvé a usté hace poco de un trance parecido.

Man.—¡Eh! ¿cómo? ¿Conque usté confiesa que es parecido?

Lud.—¡Hombre... a la vista está!

Man.—¿Sí, eh? (Forcejeando por desasirse.) ¡Lo mato! ¿Sabe usted quién soy yo?

Lud.—Estése usté quieto. ¿No lo he de saber? El gato de la carbonera.

Man.—El inquilino de este cuarto.

Lud.—¡Ah! pillastre¡... ¡Una en el principal y otra en el tercero!

Man.—La del tercero es mi mujer, ¡y vais a morir ambos!

LUD.—Su... ¿qué? (Soltándole de pronto y huyendo como un rayo por la izquierda.) ¡Socorro!... ¡Señora!

MAN.—¡Sí, sí! grita lo que quieras. (Corre tras él apuntándole.)

LUI.—(Saliendo por la derecha.) Manuel, detente... ¡Manuel!... Le conozco...! ¡Pobre joven! ¡Le descerraja un tiro! (Vase por la izquierda.)

LUD.—(Dentro.) ¡Socorro!... (Siguen dentro voces y ruido de carreras.)

MUTACIÓN

CUADRO QUINTO

La misma decoración del primero

Arturito. En seguida Modesta

(Arturo, saliendo con precaución, reconoce el portal y llama con los nudillos en la puerta de la izquierda.)

MOD.—(Dentro.) ¿Quién es?

ART.—Yo, rica; abre.

MOD.—(Entreabiendo la puerta.) ¿Hay alguien en la portería?

ART.—No sé; está cerrada. ¿Y tu mamá?

MOD.—Ha salido hace rato.

ART.—Pues anda, ahí tengo el coche. ¿Lo has preparado todo?

MOD.—Sí; pero tengo mucho miedo.

ART.—Yo también. Por eso no te digo que salgamos juntos. Porque temo que llamemos la atención y que nos prendan.

MOD.—¡Ay!; ¿pero tú me juras que esta es la única manera de ser felices?

ART.—La única. Porque tu mamá, en cuanto sepa que te he depositado en casa de mi tía Remedios, no tendrá más remedio que casarnos.

MOD.—¿De veras?

ART.—Ya lo verás. Anda, no perdamos tiempo. En la esquina de la derecha estoy dentro del coche. No te vayas a equivocar; es un caballo blanco y un cochero rubio,

MOD.—Sí, sí, voy en seguida. (Se retira y cierra la puerta.)

ART.—(Yéndose por el foro muy aprisa y muy contento.) ¡Qué rica es! ¡Nos casamos, nos casamos!

Ramona. Luego Lorenza. Después Modesta.

RAM.—(Entrando por el foro al tiempo que sale Arturo.) ¡Anda con Dios, hijo! Va como un cohete. A ese le ha despabilado otra vez la suegra. ¿Cómo es esto? ¿La portería cerrada? ¡Señá Lorenza!

LOR.—(Abriendo la ventanilla de cristales.) ¿Quién llama?

RAM.—Soy yo.

LOR.—¡Ah! dispensa. Estaba descabezando un sueño.

RAM.—Entonces no podrá usté saber si ha salido el joven aquel que vino buscando una criada.

LOR.—No he visto a nadie.

RAM.—¡Claro! Bueno, bueno; siga usté descansando. (Lorenza vuelve a cerrar la ventana. Ramona sube la escalera.) Se la pasea el alma por el cuerpo. (Desaparece. Al mismo tiempo sale Modesta con un lío de ropa, examina el portal y cierra su puerta de golpe.)

MOD.—¡Dios mío! Ya no tiene remedio. Ya cerré. Ya no podría entrar aunque quisiera, ¡Ay! siento una congoja... ¡Como es la primera vez que me escapo! ¡Tiemblo como la gelatina! (Avanza lentamente hacia la puerta del foro.) No sé si me ha dicho un caballo rubio y un cochero blanco o al revés... ¡Sea lo que Dios quiera! (Al llegar cerca de la escalera suena dentro un pistoletazo.) ¡Jesús! ¡Un tiro! (Retrocede hasta apoyarse asustada y temblorosa junto a la puerta de su cuarto. Entretanto se oye por la escalera el estrépito de un hombre que baja a escape, y aparece Ludovico, pálido, desencajado, descompuesto, que al llegar al suelo, fatigoso y jadeante, se detiene palpándose todo el cuerpo como si supusiera que está herido.)

Modesta, Ludovico

LUD.—¡No! ¡Me parece que no ha hecho blanco!... ¡Qué tío más bruto! (Escuchando.) Creo que no me sigue. Creerá que me ha dejado seco. ¡Animal!...

MOD.—(Muerta de miedo.) ¡El asesino!

LUD.—¿Y cómo salgo yo a la calle con esta agitación para que me echen mano y me pidan explicaciones? ¡Ah! la portería... ¡Cerrada! ¿Dónde me meto yo? (Ve a Modesta.) ¡Ah! Señorita... ¿vive usté en esta casa?

MOD.—(Balbuceando.) Sí; si, señor... Aquí.

LUD.—Por favor, escóndame usté... Un momento, nada más que un momento, mientras me tranquilizo...,

MOD.—No, no puede ser. He cerrado la puerta y no tengo llave.

LUD.—Está usté tan asustada como yo. ¿Qué la sucede a usté?

MOD.—¡Ay, caballero!... supongo que es usté un caballero...

LUD.—Sí, señora, sí. Todas preguntan lo mismo. ¡Es el santo y seña!

MOD.—Pues sálveme usté, acompáñeme usté... nada más que ahí cerca, a la esquina de la derecha donde me espera un coche.

LUD.—¿Un coche? Y ¿podría yo marcharme en él?

MOD.—Creo que sí; porque no tendrá inconveniente mi novio.

LUD.—¡Ah! ¿se va usté con el novio, eh? ¡Bien hecho! (¡Caray con la casita!)

MOD.—Pero no piense usted nada malo.

LUD.—¿Yo? ¿qué he de pensar? (¡Otro santo y seña! Ea, haremos una gallardía. Vamos donde usted quiera. (Se dirigen los dos a la puerta del foro.)

MOD.—¡Ay! usted me salva. A usted deberé mi felicidad... (Aparece doña Luciana, que viene de la calle, y en cuanto ve a la pareja enarbola la sombrilla.) ¡Mi madre!

LUD.—¡Ay, su madre!

Dichos, Doña Luciana. Después y sucesivamente, la Seña Lorenza, Manuel, don Isidoro y Sánchez

LUC.—¿Qué es esto? ¿Dónde vas? ¿Qué lío es ese?

LUD.—Ninguno, señora. En esta casa no hay ninguno.

MOD.—Mamá, yo te diré...

LUC.—¡Eh! infame, hipócrita; ¿conque tenías dos y te escapas con el segundo?

MOD.—No, mamá, si es que...

LUC.—Y usté, corruptor de menores, ahora va usted a ver lo que es una madre ofendida! (Le persigue pegándole con la sombrilla.)

LUD.—¡Que yo no soy corruptor de nadie!

LUC.—¡Canalla, ladrón! (Sin dejar de pegarle. Sale del cuchitril la señá Lorenza empuñando unos zorros.)

LOR.—Pero, ¿qué es esto, doña Luciana?

LUC.—(Pegándole más.) Este granuja, que me robaba mi hija.

LUD.—¡Que se esté usté quieta!

LOR.—¡Ah! el pillo de antes... ¡Hola! ¿era esa la cocote que venías buscando? ¡Pues toma cocotes! (Pegándole con los zorros siempre que queda libre de la sombrilla de doña Luciana.)

MAN.—(Apareciendo en el tramo de la escalera con el revólver en la mano.) ¿Estás ahí, eh? Pues el segundo no falla. ¡Apártense ustedes, que voy a hacer fuego!

LUD.—(Parapetándose detrás de Lorenza, mientras doña Luciana se dirige a increpar a Modesta.) No; no se aparte usté, portera, aunque me siga sacudiendo con los zorros. (Manuel acaba de bajar la escalera sin dejar de apuntar a Ludovico.)

LOR.—¡No tire usté ahora!

ISI.—(Apareciendo en la escalera, con el bastón del cuadro primero en la mano.) Pero ¿qué ruído es este? Portera, ¡que en mi casa no quiero escándalos!

LOR.—Si es que este hombre ha entrado aquí con malas intenciones.

MAN.—Apártense ustedes.

ISI.—¡Ah, sí! Le conozco. Dejarle, que corre de mi cuenta. (Baja rápidamente, enarbola el bastón. Ludovico, perseguido por todos simultáneamente, no escapa de unos sino para que otros le sacudan. Carreras, alborotos, bulla. Por fin, en un regate, logra dejarlos a todos, formando grupo en primer término izquierda, furiosos y amenazadores, y cuando está a punto de ganar la puerta aparece en ella Sánchez, con el uniforme completo, que le detiene, sujetándole por un brazo.)

SANC.—¡Quieto todo el mundo! La autoridad se ha hecho cargo del criminal y nadie le toque.

LUD.—(Dejándose caer rendido de fatiga en brazos de Sánchez. ¡Ay, guardia! Tenía usté razón. La casita es una balsa de aceite. (Música.)

LA NOVELA CORTA

después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más conocidos, **para complementar su apostolado de divulgación literaria,** va a rendir un tributo a la

MEMORIA

de los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada una de ellos **una sola obra** en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas:

NOVELA ROMANTICA

Larra.—Espronceda.—Patricio de la Escosura.—Martínez de la Rosa.—Enrique Gil.—Fernández y González.—Ortega y Frías.—Hartzenbusch.—Gertrudis G. Avellaneda.—Pastor Díaz.—Aiguals de Izco.—Navarrete.—Pérez Escrich.—Pilar Sinués.

NOVELA HISTORICA

F. Patxot.—Cánovas.—Vicceto.—Balaguer.—Navarro Villoslada.—Amós de Escalante.—Castelar.

NOVELA NATURALISTA

Fernán Caballero.—Miguel de los Santos Alvarez.—El Solitario.—Mesonero Romanos.—Pereda.—Valera.—Clarín.—Selgas.—Alarcón.—Arturo Reyes.
También rendiremos un homenaje a la memoria de nuestros grandes escritores y poetas.

POETAS

Zorrilla.—Trueba.—Becquer.—Carolina Coronado.

ESCRITORES

Ganivet.—Silverio Lanza.—Taboada.—Eusebio Blasco.—Alejandro Sawa.

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, estas grandes novelas extractadas irán precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista por la Condesa de Pardo Bazán, Rodríguez Marín, Azorín, Manuel Bueno y Cristobal de Castro.

Estos números HOMENAJE serán extraordinarios y se publicarán alternados con los números corrientes de nuestros actuales colaboradores

Oficinas y Talleres de PRENSA POPULAR propietaria de La Novela Corta, La Novela Teatral y Friné
Antonio Palomino núm. 1, y Calvo Asensio, núm. 3.—MADRID.